

CANTO V.

Contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos, juntamente con tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios por su clemencia
Nos dilata el castigo merecido,
Hasta ver sin enmienda la insolencia
Y el corazon rebelde endurecido;
Y es tanta la dañosa inadvertencia
Que, aunque vemos el término cumplido
Y ejemplo de castigo en el vecino,
No queremos dejar el mal camino.
Dígolo porque viene muy contenta
Nuestra gente española á las espadas,
Que en el fin de Valdivia no escarmienta,
Ni mira haber seguido sus pisadas:
Presto la vereis dar estrecha cuenta
De las culpas presentes y pasadas;
Que el verdugo Lautaro ardiendo en saña
Se muestra con su gente en la campaña.
Villagran con la suya á punto puesto
En el estrecho llano se detiene,
Plantando seis cañones en buen puesto
Ordena aquí y allí lo que conviene:
Estuvo sin moverse un rato en esto,
Por ver el órden que Lautaro tiene,
Que ocupaba su gente tanto trecho,
Que mitigó el ardor de mas de un pecho.
De muchos fué esta guerra deseada;
Pero sabe ora Dios sus intenciones:
Viendo toda la cuesta rodeada

De gente en concertados escuadrones,
La sangre del temor ya resfriada
Con presteza acudió á los corazones;
Los miembros del calor desamparados
Fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando
Porque la trompa del partir no suena,
Tanto el trance y batalla deseando,
Que cualquiera tardanza les da pena;
De la otra parte el araucano bando
Sujeto á lo que su caudillo ordena
Rabiaba por cerrar; mas la obediencia
Le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente
Cuando el competidor ve ya cercano
Bufa, relincha, y con soberbia frente
Hiere la tierra de una y otra mano;
Así el bárbaro ejército obediente
Viendo tan cerca el campo castellano
Gime por ver el juego comenzado;
Mas no pasa del término asignado.

Destá manera pues la cosa estaba,
Ganosos de ambas partes por juntarse;
Pero ya Villagran consideraba
Que era dalle mas ánimo el tardarse:
Tres bandas de jinetes apartaba
De aquellos codiciosos de probarse,
Que á la seña sin mas amonestallos
Ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con ligeros piés batiendo
Salen con gran tropel y movimiento,
Rauco se estremeció del son horrendo,
Y la mar hizo extraño sentimiento:
Los corregidos bárbaros temiendo
De Lautaro el expreso mandamiento,
Aunque por los herir se deshacian,
El paso hácia adelante no movian.

Con el concierto y órden que en Castilla
Juegan las cañas en solemne fiesta,
Que parte y desembraza una cuadrilla
Revolviendo la adarga al pecho puesta;
Así los nuestros firmes en la silla
Llegan hasta el remate de la cuesta,

Y vuelven casi en cerco á retirarse
 Por no poder romper sin despeñarse.
 Toman al retirar la vuelta larga,
 Y desta suerte muchas vueltas prueban;
 Pero todas las veces una carga
 De flecha, dardo y piedra espesa llevan:
 A algunos vale allí la buena adarga,
 Las celadas y grevas bien aprueban,
 Que no pueden venir al corto hierro
 Por ser peinado en torno el alto cerró.
 Firme estaba Lautaro sin mudarse,
 Y cercada de gente la montaña,
 Algunos que pretenden señalarse
 Salen con su licencia á la campaña:
 Quieren uno por uno ejercitarse
 De la pica y baston con los de España,
 Ó dos á dos, ó tres á tres soldados
 A la franca eleccion de los llamados.
 Usando de mudanzas y ademanes
 Vienen con muestra airosa y contoneo,
 Mas bizarros que bravos alemanes
 Haciendo aquí y allí gentil paseo;
 Como los diestros y ágiles galanes
 En público ejercicio del torneo,
 Así llegan gallardos á juntarse
 Y con las duras puntas á tentarse.
 Quién piensa de la pica ser maestro
 Sale á probar la fuerza y el destino,
 Tentando el lado diestro y el siniestro
 Buscando lo mejor con sábio tino:
 Cuál acomete, vanle, y hurta presto
 Hallando para entrar franco el camino,
 Cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto
 Que da con su enemigo en tierra muerto.
 Otros destas posturas no se curan
 Ni paran en el aire y gentileza,
 Que el golpe sea mortal solo procuran,
 Y en el cuerpo y los piés llevar firmeza:
 Con ánimo arrojado se aventuran
 Llevados de la cólera y braveza;
 Esta á veces los golpes hace vanos,
 Y ellos venir mas juntos á las manos.
 Pero por mas veloz en la corrida

El mozo Curioman se señalaba,
 Que con gallarda muestra y atrevida
 Larga carrera sin temor tomaba;
 Y blandiendo una lanza muy fornida,
 En medio de la furia la arrojaba,
 Que nunca de ballesta al torno armada
 Jara con tal presteza fué enviada.
 Había siete españoles ya herido,
 Mas nadie se atraviesa á la venganza;
 Que era el valiente bárbaro temido
 Por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
 En esto Villagran algo corrido
 Viéndole despedir la octava lanza,
 Dijo con voz airada: «¿No hay alguno
 Que castigue este bárbaro importuno?»
 Diciendo esto miraba á Diego Cano,
 El cual de osado crédito tenia,
 Que una asta gruesa en la derecha mano
 Su Rabican preciado apercibia;
 Y al tiempo cuando el bárbaro lozano
 Con fuerza extrema el brazo sacudia,
 En la silla los muslos enclavados
 Hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.
 Con menudo tropel y gran ruido
 Sale el presto caballo desenvuelto
 Hácia el gallardo bárbaro atrevido,
 Que en esto las espaldas habia vuelto;
 Pero el fuerte español embebecido
 En que no se le fuese, el freno suelto,
 Bate al caballo apriesa los talones
 Hasta los enemigos escuadrones.
 No el araucano y fiero ayuntamiento
 Con las espesas picas derribadas,
 Ni el presuroso y recio movimiento
 De mazas y de bárbaras espadas
 Pudieron resistir al duro intento
 Del airado español, que las pisadas
 Del ligero araucano iba siguiendo,
 La espesa turba y multitud rompiendo.
 Donde á pesar de tantos y á despecho,
 Con grande esfuerzo y valerosa mano
 Rompe por ellos, y la lanza el pecho
 De aquel que dilató su muerte en vano;

Y glorioso del bravo y alto hecho
Al caballo picó á la diestra mano,
Abriendo con esfuerzo y diestro tino
Por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadron jinete
Al araucano ejército llamando,
Que á esperarle parece que acomete,
Y vase luego al borde retirando:
Una, cuatro y diez veces arremete,
Poco el arremeter aprovechando;
Que en aquella sazón ninguna espada
Había de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;
Mas poco del trabajo se aprovecha,
Que los nuestros en vano les picaban
Heridos y hostigados de la flecha:
Las bravezas algunos aplacaban
Viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
Ellos lasos, los otros descansados,
Los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería
Á toda furia y priesa disparaba,
Y así en el escuadron indio batía,
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
De fuego y humo el cerro se cubría,
El aire cerca y léjos retumbaba,
Parece con estruendo abrirse el suelo,
Y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente
Quitar y deshacer aquel ñublado,
Que lanzaba los rayos en su gente
Y había gran parte della destrozado,
Al escuadron que á Leucoton valiente
Por su valor le estaba encomendado,
Le manda arremeter con furia presta,
Y en alta voz diciendo le amonesta:

«¡Oh fieles compañeros vitoriosos,
«Á quien fortuna llama á tales hechos!
«Ya es tiempo que los brazos valerosos
«Nuestras causas aprueben y derechos:
«Sus, sus, calad las lanzas animosos,
«Rompan los hierros los contrarios pechos,
«Y por ellos abrid roja corriente

«Sin respetar á amigo ni á pariente.
«Á las piezas guiad; que si ganadas
«Por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
«Célebres quedarán vuestras espadas,
«Y eterna al mundo dellas la memoria:
«El campo seguirá vuestras pisadas
«Siendo vos los autores desta gloria.»
Y con esto la gente envanecida
Hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,
Que es la cosa que entre ellos mas se nota:
El mas medroso quiere ser primero
Al probar si la lanza lleva bota:
No espanta ver morir al compañero,
Ni llevar quince ó veinte una pelota
Volando por los aires hechos piezas,
Ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
Ni punto los detiene el temor ciego;
Antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
Con el otro la espada esgrime luego;
Llegan sin reparar hasta el ribazo
Donde estaba la máquina del fuego:
Viéranse allí las balas escupidas
Por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda
Y de tiros la tierra y sol cubrían;
Pluma no hasta, lengua no hay que pueda
Figurar el furor con que venían:
De voces, fuego, humo y polvareda
No se entienden allí ni conocían;
Mas poco aprovechó este impedimento,
Que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse
Las enemigas haces ya mezcladas,
Lo que allí se vió mas para notarse
Era el presto batir de las espadas:
Procuran ambas partes señalarse,
Y así vieran cabezas y celadas
En cantidad y número partidas,
Y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería
Con tal ímpetu y furia acometida,

Otros por dar remate á su porfia,
 Traban una batalla bien reñida :
 Para un solo español cincuenta habia ;
 La ventaja era fuera de medida ;
 Mas cada cual por si tanto trabaja
 Que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atrás vuelva el estandarte
 De Carlos Quinto, máximo, glorioso ;
 Mas que á pesar del contrapuesto Marte
 Vaya siempre adelante vitorioso :
 El cual terrible y fiero á cada parte ,
 Envuelto en ira y polvo sanguinoso
 Daba nuevo vigor á las espadas
 De tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza ,
 Segun es el herir apresurado ,
 Con aquel mismo esfuerzo y entereza
 Que si entonces lo hubieran comenzado :
 Las muertes , el rigor y la crueza ,
 Esto no puede ser significado ,
 Que la espesa y menuda yerba verde
 En sangre convertida el color pierde.

Villagran la batalla en peso tiene ,
 Que no pierde una mínima su puesto ,
 De todo lo importante se previene ;
 Aquí va , y allí acude , y vuelve presto :
 Hace de capitan lo que conviene
 Con usada experiencia , y fuera desto
 Como osado soldado y buen guerrero
 Se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
 Que en los cristianos hace gran matanza ,
 Lleva el caballo , y él llevado de ira
 Requiere en la derecha bien la lanza :
 En los estribos firme al pecho tira ;
 Mas la codicia y sobra de pujanza
 Desatentó la presurosa mano ,
 Haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
 Por la canalla bárbara enemiga ,
 Revuelve á Torbo el español airado
 Y en bajo el brazo la jineta abriga ,
 Pásale un fuerte peto tresdoblado

Y el jubon de algodón , y en la barriga
 Le abrió una gran herida , por do al punto
 Vertió de sangre un lago y la alma junto ,
 Saca entera la lanza , y derribando
 El brazo atrás con ira la arrojaba ;
 Vuela la furiosa asta rechinando
 Del impetu y pujanza que llevaba ,
 Y á Corpillan que estaba descansando
 Por entre el brazo y cuerpo le pasaba ,
 Y al suelo penetró sin dañar nada ,
 Quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagran , la espada fuera ,
 Por medio de la hueste va á gran priesa ,
 Haciendo con rigor ancha carrera
 A donde va la turba mas espesa :
 No menos Pedro de Olmos de Aguilera
 En todos los peligros se atraviesa ,
 Habiendo él solo muerto por su mano
 A Guancho , Canio , Pillo y Titaguano.

Hernando y Juan , entrambos de Alvarado ,
 Daban de su valor notoria muestra ,
 Y el viejo y gran jinete Maldonado
 Voltea el caballo allí con mano diestra ,
 Ejercitando con valor usado
 La espada que en herir era maestra ,
 Aunque la débil fuerza envejecida
 Hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano , á dos manos , sin escudo ,
 No deja lanza enhiesta ni armadura ,
 Que todo por rigor de filo agudo
 Hecho pedazos viene á la llanura :
 Pues Peña , aunque de lengua tartamudo ,
 Se revuelve con tal desenvoltura ,
 Cual Cesio entre las armas de Pompeo ,
 Ó en Troya el fiero hijo de Peleó.

Por otra parte el español Reinoso ,
 De ponzoñosa rabia estimulado ,
 Con la espada sangrienta va furioso
 Hiriendo por el uno y otro lado ;
 Mata de un golpe á Palta , y riguroso
 La punta enderezó contra el costado
 Del fuerte Ron , y así acertó la vena
 Que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez y Pantoja
Tienen hecha de muertos una rueda,
Y la tierra de sangre toda roja:
No hay quien ganar del campo un paso pueda,
Ni el eseso herir un punto afloja,
Haciendo los cristianos tales cosas,
Que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente
Y tan poco el remedio y confianza,
Que á muchos les faltaba juntamente
La sangre, aliento, fuerza y la esperanza:
Llevados pues al fin de la corriente
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
Sin aflojar los nuestros siempre usaron,
No se vió en español jamás flaqueza
Hasta que el campo y sitio les ganaron;
Mas viéndose á tal hora en estrechez,
Que pasaban de cinco que empezaron,
Comienzan á dudar ya la batalla
Perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte
Cuando ellos en la fuerza iban menguando,
Representóles el temor la muerte,
Las heridas y sangre resfriando;
Algunos desaniman de tal suerte
Que se van al camino retirando:
No del todo, señor, desbaratados,
Mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagran, haciendo fuerza,
Se arroja y contrapone al paso airado,
Y con sábias razones los esfuerza,
Como de capitán escarmentado,
Diciendo: «Caballeros, nadie tuerza
«De aquello que á su honor es obligado,
«No os entreguéis al miedo, que es, yo os digo,
«De todo nuestro bien grande enemigo.

«Sacudidle de vos, y vereis luego
«La deshonra y afrenta manifiesta;
«Mirad que el miedo infame, torpe y ciego

«Mas que el hierro enemigo aquí os molesta:
«No os turbeis, reportaos, tened sosiego,
«Que en este solo punto teneis puesta
«Vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
«Y es cosa que despues no tiene enmienda.

«¿A do volveis sin orden y sin tiento,
«Que los pasos tenemos impedidos?
«¿Con cuánto deshonor y abatimiento
«Seremos de los nuestros acogidos?
«La vida y honra está en el vencimiento,
«La muerte y deshonor en ser vencidos:
«Mirad esto, y vereis huyendo cierta
«Vuestra deshonra, y mas la vida incierta.»

De la plaza no ganan cuanto un dedo
Por esta y otras cosas que decia,
Segun era el terror y extraño miedo
En que el peligro puesto los habia:
«¿Dónde quedar mejor que aquí yo puedo?»
Diciendo Villagran, con osadia
Temeraria arremete á tanta gente
Solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta
Por no estar al rigor de ser juzgado,
Teme mas que la muerte alguna afrenta
Y el verse con el dedo señalado;
No quiere andar á todos dando cuenta
Si volver las espaldas fué forzado,
Que por dolencia ó mancha se reputa
Tener puesto el honor hombre en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo
Al suelo le trajeron aturdido;
Cuál procura prendello, cuál matallo;
Pero las buenas armas le han valido:
Otros dicen á voces: «Desarmallo:»
Acude allí la gente y el ruido;
Mas quien saber el fin desto quisiere
Al otro canto pido que me espere.

CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla con las extrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte
Ni revolver de hado riguroso
Le pueden presentar caso tan fuerte,
Que le traigan á estado vergonzoso:
Como ahora á Villagran que con su muerte,
No siendo de otro modo poderoso,
Piensa atajar el áspero camino,
A donde le tiraba su destino.

Sus soldados el paso apresurando
En confuso montón se retrujeron,
Cuando en el nuevo y gran rumor mirando
A su buen capitán en tierra vieron:
Solos trece la vida despreciando
Los rostros y las riendas revolvieron,
Rasgando á los caballos los ijares
Se arrojan á embestir tantos millares.

Con mas valor que yo sabré decillo
El pequeño escuadrón ligero cierra,
Abriendo en los contrarios un portillo
Que casi puso en condición la guerra:
Rompen hasta do el mísero caudillo
De golpes aturdido estaba en tierra,
Sin ayuda y favor, desamparado,
De la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
En esta empresa y suerte señalada;
Y estaban como lobos carniceros

Sobre la mansa oveja desmandada,
Cuando discordes con aullidos fieros
Forman música en voz desentonada;
Y en esto los mastines del ejido
Llegan con gran presteza á aquel ruido:

Así los enemigos apiñados
En medio al triste Villagran tenían,
Que por darle la muerte embarazados
Los unos á los otros se impedían;
Mas los trece españoles esforzados
Rompiendo á la sazón sobrevenían,
De roja y fresca sangre ya cubiertos
De aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza del amor movidos
A donde á Villagran ven se arrojaban,
Y los agudos hierros atrevidos
De nuevo en sangre nueva remojaban:
Desamparan el cerco los heridos,
Acá y allá medrosos se apartaban,
Algunos sustentaban con mas suerte
Su parte y opinión hasta la muerte.

Si un espeso montón se deshacía
Desocupando el campo escarmentados,
Otra junta mayor luego nacía,
Y estaban sus lugares ocupados:
Del sueño Villagran aun no volvía;
Mas tal maña se dieron sus soldados,
Y así las prestas armas revolvieron,
Que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo fuera muerto,
Y á bien librar salió tan mal parado,
Que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
Tenía el cuerpo molido y magullado;
Pero del sueño súbito despierto,
Viendo trece españoles á su lado,
Olvidando el peligro en que aun estaba,
Entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
Sin escarmiento ni temor hendía,
Llevando en su defensa al bando amigo
Que destrozando bárbaros venía:
Trillan, derriban, hacen tal castigo
Que duran las reliquias hoy en día,

Y durará en Arauco muchos años
El estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada
De un valiente altibajo á fil derecho,
No le valió de acero la celada,
Que los filos corrieron hasta el pecho :
Aguilera al través tendió la espada,
Y al dispuesto Guaman dejó mal trecho,
Haciendo ya el temor tan ancha senda
Que bien pueden correr á toda rienda.

Salen pues los catorce vitoriosos
Donde los otros de su bando estaban,
Que turbados, sin orden, temerosos
De ver su muerte ya remolinaban :
No bastaron ni fueron poderosos
Villagran y los otros que llegaban
A estorbar el camino comenzado,
Que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo el araucano,
Del todo de vencer desconfiados,
Y los caballos sin aliento en vano
De importunas espuelas fatigados,
A grandes voces dicen : « A lo llano,
No estemos desta suerte arrinconados ; »
Y con nuevo temor y desatino
Toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada,
Cuando á lugar estrecho es reducida,
De diestros cazadores rodeada
Y de importunos tiros perseguida,
Que viéndose ofendida y apretada
Una rompe el camino y la huida,
Siguiendo las demás á la primera ;
Así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
Corren á la bajada de la cuesta,
Sin orden ni atencion apresurados,
Como si al palio fueran sobre apuesta :
Aunque algunos valientes ocupados
Con firme rostro y con espada presta,
Combatiendo animosos no miraban
Cómo así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen

De remedio tan flaco y vergonzoso ;
Antes en su batalla se mantienen
Trayendo el fin á término dudoso :
Y con heróicos ánimos detienen
De los indios el impetu furioso,
Y la disposicion del duro hado,
En daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen
Contrastando al destino, que parece
Que el valor araucano disminuyen,
Y el suyo con difícil prueba crece ;
Mas viendo á los amigos cómo huyen,
Que á mas correr la gente desaparece,
Hubieron de seguir la misma via,
Que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,
Que será á la sazón mas conveniente ;
Pues me suena en la oreja el triste llanto
Del pueblo amigo y género inocente :
No siento el ser vencidos tanto, cuanto
Ver pasar las espadas crudamente
Por virgenes, mujeres, servidores,
Que penetran los cielos sus clamores.

La infantería española sin pereza
Y gente de servicio iban camino,
Que el miedo les prestaba ligereza,
Y mas de la que á algunos les convino ;
Pues con la turbacion y gran torpeza
Muchos perdieron de la cuesta el tino,
Ruedan unos los lomos quebrantados,
Otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
Los arroyos de sangre el llano riegan,
Rompiendo el aire el llanto y alaridos
Que en son desentonado al cielo llegan :
Y las lástimas tristes y gemidos,
Puestas las manos altas con que ruegan,
Y piden de la vida gracia en vano
Al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando
Con mano presta y piés en la corrida,
Hiriendo sin respeto y derribando
La inútil gente, misera, impedida,

Que á la amiga nacion iba invocando
La ayuda en vano á la amistad debida,
Poniéndole delante con razones
La deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban,
Si alguno á defenderlos revolvía,
Viendo cuánto los otros se alargaban
Alargarse tambien le convenia;
Ni á los que por amigos se trataban,
Ni á las que por amigas se debía,
Con quien habia amistad y cuenta estrecha,
Llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros, sin parar en nada,
Por la carrera de su sangre roja
Dan siempre nueva furia á su jornada,
Y á los caballos priesa y rienda floja:
Que ni la voz de virgen delicada,
Ni obligacion de amigos los congoja:
La pena y la fatiga que llevaban
Era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor y endurecidos,
Miden con sueltos piés el verde llano;
Pero algunos de lástima movidos,
Viendo el fiero espectáculo inhumano,
De una rabiosa cólera encendidos
Vuelven contra el ejército araucano,
Que corre por el campo derramado,
La mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven,
Haciendo al sexo tímido reparo,
Y de suerte en los bárbaros se envuelven
Que á mas de diez la vuelta costó caro:
Por esto los primeros aun no vuelven,
Que quieren que el partido sea mas claro,
Y no poner la vida en aventura,
Cuanto léjos de allí, tanto segura.

Torna la lid de nuevo á refrescarse,
De un lado y otro andaba igual trabada,
Pecho con pecho vienen á juntarse,
Lanza con lanza, espada con espada:
Pueden los españoles sustentarse;
Que la gente araucana derramada
El alcance sin orden proseguia,

Haciendo todo el daño que podia.
Cual banda de cornejas esparcidas
Que por el aire claro el vuelo tienden,
Que de la compañera condolidas
Por los chirridos la prision entienden,
Las batidoras alas recogidas
Á darle ayuda en círculo descenden:
El bárbaro escuadron desta manera
Al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
Viendo el tumulto y aire polvoroso,
Deja el alcance, y de tropel concurre
Al son de las espadas sonoro:
Cada araucano con presteza ocurre
Adonde era el favor mas provechoso,
Y los sangrientos hierros en las manos
Cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
Crece el son de las armas y refriega,
Y los nuestros se van disminuyendo,
Que en su ayuda y socorro nadie llega;
Pero con grande esfuerzo combatiendo,
Ninguno la persona á ciento niega;
Ni allí se vió español que se notase
Que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte como si del cielo
Tuvieran el seguro de las vidas,
Se meten y se arrojan sin recelo
Por las furiosas armas homicidas:
Caen por tierra y echan por el suelo,
Dan y reciben ásperas heridas,
Que el número dispar y aventajado
Suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
La muerte y furia bárbara importuna,
El ímpetu y pujanza resistiendo
De la gente, del hado y la fortuna;
Mas contrastar á tantos no pudiendo
Sin socorro, favor ni ayuda alguna,
Dilatando el morir, les fué forzoso
Volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino,
Que van los delanteros como el viento;

Usar de aquel remedio les convino ,
Y no del temerario atrevimiento :
Muchos mueren en medio del camino
Por falta de caballos y de aliento ,
Y de sangre tambien , que el verde prado
Quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,
Los bárbaros por piés los alcanzaban ,
Y en los rendidos dueños derribados
La fuerza de los brazos ensayaban :
Otros de los peones empachados,
Digo de los cristianos que á pié andaban ,
Casi moverse al trote no podian ,
Que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
Con las colas ó acciones aferradas ,
Y en vano lastimosos representan
Estrechas amistades olvidadas :
De sí los de á caballo los ausentan ,
Si no pueden á ruego , á cuchilladas ,
Como á los mas odiados enemigos ,
Que no era á la sazón tiempo de amigos.

Atruenan todo el valle el gran bullicio ,
Armas, grita y clamor triste se oía
De la gente española y de servicio
Que á manos de los indios parecia :
No se vió tan sangriento sacrificio ,
Ni tan extraña y cruda anatomía ,
Como los fieros bárbaros hicieron
En dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos
De los lomos al vientre atravesados ,
Por medio de la frente otros hendidos ,
Otros mueren con honra degollados ;
Otros que piden medios y partidos ,
De los cascos los ojos arrancados ,
Los fuerzan á correr por peligrosos
Peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mujeres delicadas
El debido respeto no guardaban ;
Antes con mas rigor por las espadas
Sin escuchar sus ruegos las pasaban ;
No tienen miramiento á las preñadas ,

Mas los golpes al vientre encaminaban ,
Y aconteció salir por las heridas
Las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que mas puede
Y paga el perezoso y negligente,
Que á ninguno mas vida se concede
De cuanto puede andar ligeramente :
Y al que torpe es forzoso que se quede
Que no es en la carrera diligente,
Que la muerte que airada atrás venia ,
En afirmando el pié le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha ,
Muchos á la alta cumbre han arribado ,
Adonde una albarrada hallaron hecha ,
Y el paso con maderos ocupado :
No tiene aquel camino otra desecha ,
Que el cerro casi en torno era tajado ,
Del un lado le bate la marina ,
Del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos
El nuevo muro en breve tiempo hecho ,
Con arte unos en otros enjeridos ,
Que cerraban la senda y paso estrecho :
Dentro estaban los indios prevenidos ,
Las armas sobre el muro y antepecho ,
Que segun orgullosos se mostraban ,
Al cielo , no á la gente amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados
Los pasos y cerrada la esperanza ,
A pasar ó morir determinados ,
Poniendo en Dios la firme confianza ,
De la albarrada un trecho desviados
Prueban de los caballos la pujanza ,
Corriendo un golpe dellos á romperla ,
Y los bárbaros dentro á defenderla.

Así la gente estaba detenida ,
Que todo su trabajo no importaba ,
Ni al peligro hallaba la salida
Hasta que el viejo Villagran llegaba :
Que vista la excusada arremetida
Cuán poco en el remedio aprovechaba ,
Sin temor de morir ni muestra alguna ,
Dió aquí el último tiento á la fortuna.

Estaba en un caballo derivado
De la española raza, poderoso,
Ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
Castaño de color, presto, animoso,
Veloz en la carrera y alentado,
De grande fuerza y de impetu furioso,
Y la furia sujeta y corregida
Por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento
Bate el presto español recio la ijada,
Que sale con furioso movimiento
Y encuentra con los pechos la albarrada:
No hace en el romper mas sentimiento
Que si fuera en carrera acostumbrada,
Abriendo tal camino, que pasaron
Todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendían
El paso, pero al cabo no pudieron;
Que por mas que las armas esgrimían,
Los fuertes españoles los rompieron:
Unos hácia la mano diestra guían,
Otros tan buen camino no supieron,
Tomando á la siniestra un mal sendero
Que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano hácia el Poniente
Estaban dos caminos mal usados,
Estos debían de ser antiguamente
Por do al agua bajaban los venados:
Digo en tiempos pasados, que al presente
Por mil partes estaban derrumbados,
Y el remate tajado con un salto
De mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por órden de natura no sabida,
O por gran sequedad de aquella tierra,
O algun diluvio grande y avenida
Fué causa de tajarse aquella sierra:
Pues por allí la gente mal regida
Ocupada del miedo de la guerra,
Huyendo de la muerte ya sin tino
A dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,
Que repararse un paso no podia,
El segundo al primero tropellando,

Y el tercero al segundo recio envía:
El número se va multiplicando,
Un cuerpo mil pedazos se hacia,
Siempre rodando con furor violento
Hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo
Sacude los peñascos de la cumbre
Que vienen con gran impetu y estruendo
Hechos piezas abajo en muchedumbre:
Así la triste gente mal guiada
Rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene,
De verle con presteza el fin procura,
Ninguno por el otro se detiene,
Que detenerse ya fuera locura:
Rodar también alguno le conviene,
Que mas de lo posible se apresura:
A caballo y á pié, y aun de cabeza
Llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
Que muertos los señores han caído,
Otros desocuparlos fué forzado,
Que por flojos la silla habían perdido:
Cuál ligero cabalga, y cuál turbado
Del temor de la muerte ya impedido
Atinar al estribo no podia,
Y el caballo y sazón se le huía.

No aguardaban por estos; mas corriendo
Juegan á mucha priesa los talones,
Al delantero sin parar siguiendo,
Que no le alcanzarán á dos tirones:
Votos, promesas entre sí haciendo
De ayunos, romerías, oraciones,
Y aun otros reservados solo al Papa,
Si Dios deste peligro los escapa.

Venían ya los caballos por el llano
Las orejas tremiendo derramadas,
Quiérenlos agujiar; mas es en vano,
Aunque recio les abren las ijadas:
El hermano no escucha al caro hermano,
Las lástimas allí son excusadas,

Quien dos pasos del otro se aventaja
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso,
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoja presuroso

Por correr, y no puede menearse:
Así estos á gran priesa á los caballos
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
Sigue el alcance, y siempre los aqueja;
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,
Que de su furia un poco mas se aleja;
Quién la adarga abandona, quién la lanza,
Quién de cansado el propio cuerpo deja,
Y así la vencedora gente brava
La fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atrás venia,
Ninguno, aunque sea amigo, le socorre,
De espacio el mas ligero se movia,
Quien el caballo trota, mucho corre:
El cansancio y la sed los afligia;
Mas Dios, que en el mayor peligro acorre,
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,
Segun en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destroz y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
A do el temor jamás halló posada,
Temor que honrosa muerte nos desvia
Por una vida infame y deshonrada:
En los peligros grandes la osadia
Merece ser de todos estimada,
El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
Los cansados caballos agujando;
Pues tanto de temor se apresuraban
Que les daremos crédito aun callando:
Con los prestos calcaños lo afirmaban,
Con piernas, brazos, cuerpo ijadeando;
Tambien los araucanos sin aliento,
La furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
En el largo y veloz curso aflojaron,
Y por el gran teson desalentados
Á seis leguas de alcance los dejaron:
Los nuestros del temor mas aguijados,
Al entrar de la noche se hallaron
En la extrema ribera de Biobío
A donde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
De una gruesa cadena á un viejo pino,
Los mas heridos dentro se metieron
Abriendo por las aguas el camino: